

## CUADROS DEL EVANGELIO.



### LA MUJER ADULTERA.

¡Qué bella está Jerusalen! ¡Qué bella está con sus tiendas de enramadas, orladas de tulipanes y rosas... con los alegres cantos de sus místicas zulamitas... con las dulces armonías de sus arpas y sus salterios!

¿Qué tiene Jerusalen para ahogar sus dolores, para despojarse de los velos de luto y entregarse así al júbilo... ¡ella! la hija de Dios esclavizada y escarnecida por la insolente planta de los soberbios romanos... ¡ella! la triste madre desangrada y moribunda por las manos de sus propios hijos?

¡Es que Jerusalen está de fiesta! Sus calles, sus átrios, su templo, están hirviendo de gentes que han llegado de todos los rincones de la Judea, de las marinas de Egipto y de Grecia, de todas las regiones de la Asia menor.

Es el mes de Tisri (Setiembre) y los judíos celebran por ocho días las fiestas de los Tabernáculos; y las celebran con la pompa y solemnidad á que les obliga su espíritu religioso y su carácter de pueblo elegido de Dios.

Alegre y animada estaba Jerusalen recordando entre aquel mar de gentes los venturosos días de su poder y de su gloria.

Y es que la exaltacion de sentimientos y de ideas que dominaba hacia algun tiempo en los espíritus de la raza hebrea, iban á buscar en la ciudad de los Patriarcas y de los Profetas una luz que iluminara sus sombras; una esperanza que calmára su anhelo.

Sea que, segun creían los hombres de fe, hubiesen llegado ya los tiempos prometidos á sus padres, sea que en el desquiciamiento político y moral á que los habian traído sus perpétuas sangrientas luchas y la corruptora influencia de la civilizacion romana no encontráran ya

en la naturaleza humana medio alguno de salvarse de la catástrofe social que les amenazaba.... es el caso que bullia en todas las cabezas y preocupaba todos los ánimos, el vago presentimiento de una misteriosa y universal subversion.

¡Todo el mundo esperaba algo y deseaba algo! Pero algo más grande, más profundo que las mezquinas evoluciones humanas, y que brotando de una fuerza sin límites, transformárá desde sus bases la constitucion social del mundo, levantando otro nuevo sobre nuevas leyes y abriendo otros horizontes á la vida de la humanidad.

Y en medio de esta expectativa y de esta vaga ansiedad, apareció Jesús de Nazareth, iluminando las inteligencias y dilatando los corazones con las promesas divinas de mundos, de gloria y de luz.

El rumor de prodigios nunca vistos, de doctrinas nunca escuchadas, estendido por todas partes en alas de la imaginacion oriental que los glorificaba en su entusiasmo, despertó por donde quiera el ansia de ver y oír á Aquel, que era, segun sus apasionados, el anunciado por los Profetas, el deseado de los Patriarcas, el que venia á cumplir las promesas y salvar el pueblo de Dios.

El ódio que al mismo tiempo inspiraba á las gentes de letras, de poder y de fortuna, excitaba doblemente la curiosidad general; pues todos adivinaban que algo de extraordinario y maravilloso debía haber en aquel misterioso sér que, con solo su palabra, arrastraba tras de sí aldeas, pueblos y ciudades; inspirando por otra parte á los depositarios de las tradiciones y de la religion de sus padres, el encono feroz del más supersticioso fanatismo.

Así es que, multitud de judíos, sobre todo de los extranjeros, que se hubiesen abstenido de asistir en otras circunstancias, acudieron entónces con la esperanza de conocer y oír al ya célebre Nazareno.

En efecto, el tercero ó cuarto día de las fiestas, que se prolongaban por ocho días, Jesús se presentó en el templo contra los deseos y con gran sentimiento de sus discípulos, que habian hecho esfuerzos inauditos por disuadirle de su intento por los peligros que corria en aquella ciudad, en que hervia con toda su fuerza el ódio contra su persona, como que era la residencia de sus poderosos enemigos.

No ignoraban ellos que más de una vez habian puesto asechanzas contra su vida, y si bien tenian la seguridad de que por mal que le quisieran, no se atreverian á recurrir á la violencia para deshacerse de su persona, tampoco dudaban que en defecto echarian mano de toda

su astucia y de su perfidia para hacerle perder en algun lazo ó su prestigio ó su vida.

Tal era la mortal aversion que sentian por Aquel que ellos llamaban innovador, que minando por su base los fundamentos de su autoridad, amenazaba hundirlos en el descrédito, presentándolos diariamente á los ojos del pueblo en la repugnante desnudez de su corrupcion y su hipocresia.

Jesús, sin embargo, sabiendo que no era llegado su tiempo, resolvió presentarse en medio de sus enemigos; y despues de hacerse preceder por sus discípulos, que habian consentido ya en que se habria rendido á sus ruegos, entró solo en la ciudad sagrada y principió á predicar públicamente su doctrina.

El efecto que produjo solo es comparable al ansia que tenian todos por conocerle y oirle; y nada puede dar una idea de la sorpresa, la admiracion y el entusiasmo que inspiraban aquellas esperanzas consoladoras, aquellas delicias divinas con que brindaba á las almas en sus imperios de amor.

De hora en hora, de momento en momento, aumentaba el número de sus oyentes, y se engrosaban las filas de sus discípulos.

Los fariseos, los príncipes, los sacerdotes y los ancianos.... cuantos vivian á la sombra de la ya desnaturalizada organizacion del pueblo hebreo, se estremecieron de rabia, temblando por su posicion y su fortuna.

Era urgente dar un golpe audaz, decisivo, si habian de conjurar la tempestad que les amagaba. Era preciso derribar por tierra aquel coloso que arrastraba á sus piés, ardiendo en fe y entusiasmo, á todos los hijos de su pueblo.

Reuniéronse pues en Consejo; y en medio de la confusion de opiniones y pareceres, se determinó ante todo enviar algunos hombres de confianza para que vieran si era posible apoderarse de su persona sin provocar una conmocion popular.

Estos partieron, en efecto, á cumplir su comision; pero habiendo escuchado á Jesús, no pudieron resistir á la arrebatadora elocuencia que fluía de sus labios; y léjos de poner las manos en Él, volvieron al Consejo, exclamando desconcertados:

—¡Nunca así habló otro hombre como este hombre!

Los fariseos y demás, bramando de coraje al ver que sus propios instrumentos se les rompian entre manos, les replicaron furiosos:

—¡Pues qué! ¿Vosotros habeis sido tambien seducidos?

Y viendo que aquellos hombres confesaban con su silencio el fundamento de sus temores, añadieron mirándoles con insultante desprecio:

—¿Por ventura ha creído en él alguno de los príncipes y sacerdotes, sino esas gentes del vulgo que no saben la ley? ¡Malditas son!

Sin embargo, no era solo en aquella plebe que con tan desdeñosa arrogancia menospreciaban donde hacia prosélitos la doctrina del Maestro. Uno de sus mismos miembros, y de los más distinguidos por esa sabiduría de que se hallaban tan ufanos, salió al punto en su defensa con decision y energía. Y como probablemente habría tambien otros que participaran de sus opiniones, el Consejo tuvo que disolverse sin tomar acuerdo alguno, pero no sin que la gran mayoría insistiera con redoblado empeño en perder á aquel hombre que les heria en lo que habia de más sensible en ellos; la ambicion y la soberbia.

Consecuentes con sus propósitos, volvieron á reunirse el siguiente día á fin de buscar el mejor camino para conseguir su objeto.

Lo más corto y decisivo parecia apoderarse de él; pero harto sagaces eran para no comprender lo arriesgado de esa operacion, en medio del entusiasmo que inspiraba en todas las clases.

Habia pues que prescindir de tal medio, y así lo hicieron apelando á otro, que aunque más indirecto, conducia con igual eficacia á la realizacion de sus deseos. Este se reducía á destruir su autoridad y su prestigio; lo cual, una vez conseguido, les entregaba á aquel hombre en sus manos como un criminal vulgar de quien podrian disponer á su antojo.

Pero para eso habia que extraviar la opinion de las turbas presentando su doctrina como contraria á la ley, de consiguiente sacrilega é impia; y al que la predicaba como enemigo de Moisés y de sus padres, digno por consecuencia del aborrecimiento y el desprecio de todo verdadero israelita.

Sin embargo, por muy pagados que estuviesen aquellos fanáticos de su influencia y su poder, ya comprendian que no bastarian solo sus palabras á producir un cambio tan radical en las opiniones del pueblo, y que por lo tanto era imprescindible hacer palpable aquella contradiccion por medio de un hecho concreto, comprensible para todo el mundo.

Esto no parecia difícil atendiendo á su carácter y sus sentimientos,

Predicador de la nueva ley de misericordia y de gracia, Jesús se desviaba con frecuencia de la dureza de las prescripciones mosáicas; y precisamente la dulzura de esa doctrina era lo que más atraía á las almas. Hombres proscritos por su profesion de pecadores; mujeres cuya presencia contaminaba; samaritanos arrojados de su comunión, encontraban acogida y cariño en los brazos del *Profeta*, siempre que llevarán el dolor de sus faltas en el alma y lágrimas de arrepentimiento en los ojos.

Realmente esta oposicion era más con la letra que con el espíritu de la ley, segun les reconvenia él mismo porque sacrificaban lo esencial ó lo accidental, diciéndoles «que la letra mata y el espíritu vivifica;» pero como quiera que ellos eran los intérpretes de las Escrituras, y el pueblo hebreo venia recibiendo sus decisiones como legítimas y sagradas, pensaban, y con acierto, que si lograban obligar á Jesús á declararse abiertamente contra una de ellas, aquel pueblo que ahora le seguia con tan ciega admiracion, le rechazaria indignado como conculcador de sus tradiciones paternas, que habian llegado á ser la encarnacion y el espíritu de su raza.

Lo que ante todo necesitaban era encontrar un medio práctico para ello, y se fijaron en el adulterio, que llenaba perfectamente sus deseos; porque era un delito castigado por todas sus leyes y la costumbre con la pena de muerte;<sup>1</sup> y pena que, por otra parte, tenia que chocar irremisiblemente con la bondad sin medida, con las entrañas de misericordia de Aquel que solo predicaba indulgencia y amor.

El recurso era, pues, de una astucia diabólica y de un resultado seguro; y así solo faltaba para realizarlo una víctima que presentar á Jesús; y esto, para gentes que no paraban en medios, no era empresa difícil, teniendo por su parte la autoridad, el poder, el oro; habiendo tantas infelices agobiadas por la miseria y el hambre.

Así una jóven casada, sorprendida en su falta por los mismos que la habian elegido para instrumento de sus planes, y atropellando el secreto sin cuya seguridad tal vez no hubiera sucumbido, fué arrastrada á presencia de Jesús, acompañada de innumerable gentío, que, prevenido por ellos, iba engrosándose por momentos segun corrian las calles,

JUAN V. ARAQUISTAIN.

(Se concluirá.)

---

(1) Levith., cap. 1, v. 10, Deut., cap. XXII, v. 23.



# CUADROS DEL EVANGELIO.



## LA MUJER ADULTERA.

(CONCLUSION.)

De ese modo llegaron al templo, en cuyo átrio principal, que dominaba la plaza, se hallaba Jesús predicando, sentado sobre un banco de piedra.

Sin embargo, la tumultuosa gritería que precedía á las turbas hizo suspender su predicacion, así como la atencion de los oyentes, que miraban con curiosidad hácia el punto por donde llegaba el ruido.

De pronto, como las aguas de una avenida, se precipitaron oleadas de gentes en la plaza, atronando el aire con sus gritos.

En vista de esto los discípulos de Jesús se apiñaron, en torno suyo, como queriendo protegerle con sus cuerpos.

Lo que más despertaba sus temores, era el ver dirigiendo el movimiento á un gran número de fariseos y de príncipes, de escribas y sacerdotes, que en su concepto, solo con algun fin siniestro podian mezclarse con aquellas turbas que no les inspiraban más que desprecio.

Entretanto, la multitud se acercaba, y se oian distintamente las voces:

¡Adúltera!

¡Apedrearla!

¡Que se cumpla la ley! ¡Que se cumpla la ley!

Así gritaban desaforados, dirigiendo gestos amenazadores á la desdichada jóven.

—¿Qué traéis? ¿Qué sucede?—Preguntaban á los recién venidos los oyentes de Jesús.

—Es una mujer sorprendida en adulterio por los fariseos y los doctores.

—¡Que juzgue el Maestro! ¡que juzgue el Maestro!—exclamaban por todos lados las turbas, excitadas por el oro y las intrigas de los directores de la trama.

Los discípulos de Jesús comprendieron al punto el lazo infernal que le tendían, y temblaron de espanto. Reponiéndose, sin embargo, se mezclaron por un momento entre la multitud para explicarles los ocultos móviles que impulsaban á aquellos hombres, verdaderos jueces de Israel, y celosos hasta no más de su autoridad, para desprenderse entónces de ella y deferir á la decision de una persona que tan pública y mortalmente aborrecían.

Esto fué un motivo más para dar mayor solemnidad é interés al juicio que se iba á abrir en aquel instante.

En efecto, los acusadores, adelantándose á los demás, se habian acercado á Jesús, y le presentaron la mujer que, con la voz cortada por el terror y la frente enrojecida de vergüenza se postró á sus piés hasta dar con el rostro en el suelo.

Las amargas lágrimas que arrancaba á su corazon la vergüenza de su falta, más tal vez que el miedo á la muerte, eran prenda segura de su arrepentimiento y de su contricion.

La multitud, formando un círculo que arrancaba por derecha é izquierda de Jesús, dejó un ancho espacio que solo lo ocupaban su persona, la mujer y la turba de fariseos y doctores.

Las gentes, ávidas de conocer el desenlace de aquel espectáculo, cesaron en sus gritos y sus murmullos; y ya solo se oían el rumor de su anhelosa respiracion y los ahogados sollozos de la víctima.

Todas las miradas giraban alternativamente del rostro de esta al de su juez; del juez á los acusadores.

Estos, con aire altanero y satisfecho, brillando en los ojos el fuego de sus rencorosas pasiones, contemplaban á Jesús aguardando con im-

paciencia sus palabras para confundirle con aquel golpe que habia de acabar irremisiblemente con su prestigio y su vida. «¡Si! decian ellos sonriendo con la seguridad del triunfo, ¡es nuestro! Si lo que es inverosímil en su carácter, se resuelve á condenarla, destruirá por sí mismo, con la sangre de esta infeliz, esa nueva religion de amor y de misericordia que es el lazo con que cautiva al pueblo. Y si por el contrario la absuelve, se hace reo de muerte como enemigo de la ley de Moisés.»

Entre ellos y el Maestro, la jóven arrodillada ante este, con la negra cabellera suelta por la espalda, las manos cruzadas sobre el pecho y transfigurado el bellissimo rostro con la palidez que realzaba la dulce expresion de sus hermosos ojos, levantaba de tiempo en tiempo su mirada suplicante hácia el santo Profeta.... ¡Sola esperanza de su horrible suerte! ¡Sér misterioso á quien se sentia arrastrada por una fuerza superior que la llenaba de confianza y de calma!

Y cerrando el imponente cuadro, aparecia Jesús sentado sobre una piedra tan grave y tranquilo en medio de aquella tempestad, como en las riberas de Galilea entre los brazos de amor de un pueblo que le adoraba; iluminado su rostro con una luz de mística belleza; brillando en su frente el poder, la serenidad, la calma. ¡Los discípulos levantaban á él los ojos.... y se reanimaban! ¡Los apartaban.... y se afligian!

¡Y es que aquellos hombres le amaban! ¡le amaban con todas sus fuerzas; pero no comprendian todavía aquel espíritu misterioso que se engrandecia á veces hasta perderse entre los rayos de la divinidad, que descendia en otras á confundirse á fuerza de confianza y de ternura con sus rudos, pero entusiastas corazones!

La multitud principiaba á inquietarse; los acusadores se acercaban impacientes al Maestro; pero este, sin preocuparse ni de los unos ni de los otros, seguia contemplando á la jóven con severidad y lástima.

De pronto uno de los fariseos, el más anciano y más respetado de la secta por su saber y su reputacion de austeridad, se adelantó á sus compañeros, y haciendo seña á las gentes para imponerles silencio, se encaró con Jesús, y dijo en voz tan alta que todos le oyeran:

—Maestro: esta mujer ha sido sorprendida en adulterio, y Moisés nos manda en la ley apedrear á estas tales.

Enseguida, picado del silencio de Jesús, levantó con altanería la frente, y esforzando aún más la voz, añadió:



—¿Pues tú, qué dices?

Todo el mundo clavó las miradas en el rostro del Maestro; pero este, sin dar respuesta, inclinó la cabeza al suelo y principió á escribir sobre la arena.

Entónces los demás acusadores se adelantaron al lado del anciano como para apoyar sus palabras.

Él, sin embargo, en vez de contestarles, trazó nuevas cifras debajo de las anteriores.

El pueblo callaba, lamentando sinceramente la terrible situacion del Maestro, y la imposibilidad de librarse de manos de aquellos hombres cuya doblez adivinaba por instinto; los discípulos gemian desesperados al ver el lazo infernal en que le habian aprisionado; y la mujer, con el corazon oprimido por el terror, levantaba con mortal angustia hácia él su mirada desmayada.

En cambio los acusadores, ébrios de contento, viendo asegurado su triunfo con la indecision y el silencio de su enemigo, reiteraban con creciente altivez sus preguntas.

En su vista, Jesús, siguiendo la costumbre de los jueces que para pronunciar sus sentencias se ponian en pié, se enderezó lentamente, y mirando con severidad á aquellos hombres, dijo con solemne acento:

—¡El que entre vosotros esté sin pecado, tire contra ella la piedra el primero!

La explosion de sorpresa y de entusiasmo que brotó de la muchedumbre al oir aquellas palabras, solo era comparable al despecho y la rabia de los acusadores.

—¡Eso es! ¡Eso es!—gritaban por un lado.—¡Ahí tienen la sentencia; que la cumplan si se atreven!

—Ha dicho que el que esté sin pecado tire la piedra el primero. Que empiece, pues, ese anciano, si tiene limpia la conciencia;—exclamaban otros, añadiendo:

—Segun la ley de Moisés, el que acusa debe ser el primero.

Entretanto Jesús, habiendo vuelto á sentarse, se inclinó de nuevo y continuó escribiendo en el suelo.

Los fariseos y príncipes, los sacerdotes y los escribas, al encontrarse con aquella inesperada sentencia que, sin contradecir á la ley, salvaba á la mujer por no haber entre ellos quien pudiera principiar el castigo con la condicion que exigía el Maestro, bramaban de coraje, y principiaban á temer que la trama urdida para perdicion de aquel

hombre podía convertirse en la suya, á juzgar por el vocerío de las turbas que les excitaban á cumplir su compromiso.

En la alternativa, pues, de cometer un nuevo crimen, ó de reconocerse por pecadores ante los ojos del pueblo, que por tales se confesaban si no cumplían la sentencia, aquellos hipócritas no vacilaron un momento; así es, que el anciano que habia llevado la palabra, acercándose orgullosamente á Jesús, le dió á conocer que él se hallaba en situación y en voluntad de tirar la primera piedra.

¡La mujer estaba perdida!

El desalmado anciano se inclinó al suelo, sin duda para coger piedras, pero encontrándose con la mano de Jesús que indicaba algún objeto, miró en su dirección, y tropezó con las cifras trazadas en la arena, que iluminadas de pronto en su conciencia ó en sus ojos por una luz misteriosa, decían:

—«¡Tierra! ¡Tierra! ¿Tú acusas á la tierra?»<sup>1</sup> ¿Qué fué de la mujer de tu hermano arrastrada á tus brazos sobre la sangre de su esposo? ¡Sus huesos, por ocultar el crimen, yacen aún bajo las losas del Atrio!<sup>2</sup> ¡Tierra! ¡Tierra! ¡Mia es la equidad! Mio es el juicio!

El anciano, con los cabellos erizados de espanto, la sangre estancada en el corazón, y estremeciéndosele el cuerpo en movimientos convulsivos, permaneció unos momentos sin poder arrancar las miradas de aquellas cifras pavorosas; y en seguida, dando un grito desgarrador, desapareció entre la multitud, sin mirar á nadie, sin contestar á nada, y repitiendo con supersticioso terror.... ¡Demonio tiene! ¡Demonio tiene!

No pudiendo explicarse aquel súbito arrebató, los demás acusadores fueron acercándose á Jesús uno en pos de otro... pero príncipes y sacerdotes, escribas y fariseos echaban á correr como unos insensatos, en cuanto fijaban sus miradas en los fatídicos signos que presentaban en vergonzosa desnudez ante sus atónitos ojos, los pecados más ocultos y repugnantes de su corrompida conciencia.

En un momento desaparecieron todos.

El pueblo, aunque sin comprender la causa de tan prodigioso y visible espanto, se iba dejando dominar de cierto sentimiento de terror, adivinando instintivamente que en el fondo de todo aquello ha-

---

(1) Ambr. E. 58.

(2) Id. id. id,

bia algo de extraordinario y maravilloso, así es que iban corriendo de boca en boca palabras como estas:

—¡Es un Profeta! ¡Le temen! ¡Es el Cristo de Dios!

Jesús entonces, enderezándose de nuevo, dijo á la jóven que se habia puesto en pié para escuchar la sentencia:

—¡Mujer! ¿En dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado?

Dijo ella: —¡Ninguno, Señor!

En seguida, dirigiéndola una mirada que penetró hasta los últimos pliegues de su conciencia, y que la obligó á ella á postrarse á sus piés llorando amargamente su falta, añadió:

—¡Ni Yo tampoco te condeno! ¡Véte, y no peques más!

La mujer, temblando de gratitud, de amor y de ventura, se postró en tierra adorándole, besó sus piés; y en seguida desapareció, seguida de la multitud que exclamaba:

—¡Vete en paz! ¡Vete en paz, bendita por el Profeta de Dios!

JUAN V. ARAQUISTAIN.

